

La época de
Pushkin

reflejada en su obra

Anastassia Espinel S.



Un gran poeta se vuelve realmente grande cuando tiene las raíces de su dicha y de su sufrimiento muy bien plantadas en la historia y la sociedad en que vive".

Vissarión Belinski

Pushkin vivió en una época tumultuosa y rica en acontecimientos importantes que marcarían toda la historia posterior de Rusia. Nació en 1799, bajo el reinado de Pablo I, personaje curioso y bastante siniestro de la historia rusa. En el primer año de su gobierno, Pablo I había elaborado su propio modelo político y económico de un Estado estrictamente centralista y ordenado; al mismo tiempo, hizo todo lo posible para borrar la memoria de su madre y antecesora, la legendaria Catalina II la Grande, y no permitir la penetración a Rusia de las peligrosas ideas de la Revolución Francesa. Como resultado, la creciente militarización de la sociedad, la estricta censura de la prensa, la restricción de los viajes al extranjero y otras limitaciones, en combinación con el carácter del mismo emperador, irascible, caprichoso e intolerante ante cualquier crítica, provocaron el descontento entre los desfavorecidos aristócratas de la corte, que no dejaban de añorar el "siglo de oro" de Catalina II y tramaban una conspiración tras otra. Finalmente, en 1801 varios enemigos políticos de Pablo I lograron penetrar en su alcoba y estrangularon al desdichado emperador en su propia cama.

La niñez del futuro poeta coincidió con la etapa inicial del reinado de Alejandro I, el primer soberano de Rusia del nuevo siglo XIX, quien en su "Manifiesto de entronización" sometió a una crítica severa el conservadurismo extremo de Pablo I y juró con solemnidad que gobernaría de acuerdo con el legado político de su abuela Catalina la Grande. Sin duda, la terrible muerte de su antecesor no sólo convirtió al joven Alejandro en un cómplice forzado de aquel crimen (existen testimonios de que el futuro emperador participó de una manera activa en la conspiración tras haber recibido de sus cabecillas la promesa de no atentar contra la vida de Pablo I) sino que también le mostró su propio desamparo ante la posibilidad de un nuevo golpe palaciego, fenómeno bastante común en aquella turbulenta época. Tales circunstancias dejaron su huella en toda la política posterior del nuevo zar, quien, según el testimonio de sus contemporáneos, "poseía un verdadero don de agradar a todos y ganar la confianza de todos".¹

De hecho, los primeros pasos del nuevo gobierno en la esfera político-administrativa, económica y educativa, al igual que la abolición de todo tipo de restricciones para las

imprentas privadas y del control sobre la importación de los libros del extranjero (sobre todo de Francia) y la supresión de la odiosa Expedición Secreta, especie de policía política creada por Pablo I con el fin de impedir la penetración de “nocivas ideas liberales”, justificaron las esperanzas de la nobleza y fueron recibidos con júbilo por toda la sociedad rusa. En realidad, las reformas de Alejandro I tenían un carácter limitado y bastante cauteloso, pues no pretendían transformar la base del milenarismo absolutista ruso ni abolir la servidumbre de millones de campesinos, la mayoría aplastante de la población de Rusia, pero, a pesar de todo, parecían prometedoras e infundían la esperanza de un futuro mejor y de la posibilidad de una transformación pacífica y gradual de la sociedad rusa.

Los acontecimientos de los años 1812 a 1815 relegaron todos los problemas internos a un segundo plano ante la amenaza de la invasión napoleónica y la posibilidad de perder la soberanía nacional. Eran los tiempos del máximo apogeo de Napoleón; el enfrentamiento abierto entre Francia y Rusia era inevitable. “Dentro de cinco años seré el dueño del mundo entero —decía Napoleón—. Queda sólo Rusia pero la aplastaré de una vez y para siempre”.²

De tal modo, en su adolescencia Pushkin, en aquel entonces estudiante del Liceo Imperial en Tsárskoye Seló cerca de San Petersburgo, fue testigo del grandioso drama histórico de la intervención napoleónica y la heroica lucha del pueblo ruso contra los invasores franceses, que posteriormente recibiría el nombre de la Guerra Patria y se reflejaría en muchas obras del poeta:

¡Oh, tempestad del año doce!
¿Quién nos salvó de la derrota:
el mismo Dios, Barclay,³ el frío
o nuestro pueblo-patriota?
Pero vencimos; Dios lo quiso
y por París ya desfilaron
y con nuestro zar encima
sobre el mundo nos alzamos.⁴

En el primer gran poema épico de Pushkin, “Ruslán y Liudmila” (1820), que narra la historia del rapto de la hermosa Liudmila, hija del príncipe Vladimir de Kiev, por el malvado hechicero Chernomor y su rescate por el valiente guerrero Ruslán, aunque escrito en las mejores tradiciones de cuentos de hadas y de cantares de gestas de caballeros medievales, también aparecen las reminiscencias de la reciente guerra. En el sexto canto del poema, las escenas fantásticas donde aparecen el tenebroso castillo de Chernomor, la gruta mágica en su jardín donde permanece recluida Liudmila o los enfrentamientos de Ruslán con los seres sobrenaturales se reemplazan con un cuadro bastante realista de la invasión de los pechenegos, aquel pueblo nómada de las estepas del mar Negro que asediaba constantemente las fronteras de la Rus de Kiev, que de una vez traza paralelos con la reciente intervención napoleónica:

Pero al desaparecer la luz del cuarto menguante
ante la faz del alba, llega a Kiev una noticia
alarmante.

De todas partes llega el griterío y alboroto
y los habitantes de Kiev a los muros corren.
En la otra orilla del Dniéper arden muchas fogatas
y muchos escudos reflejan su luz escarlata,
galopan jinetes, levantan el polvo carros de guerras.
¡Ay de Kiev! ¡Llegaron los salvajes pechenegos!⁵

El poema que comienza como un cuento mágico, en su canto final adquiere una perspectiva histórica sorprendentemente realista en la que las “leyendas de una antigüedad remota” se entrelazan con los hechos recientes. El temor, la confusión y la indignación de los habitantes de Kiev a la vista de las hordas pechenegas, que finalmente se transforman en un fervoroso ímpetu patriótico, hacen recordar el ánimo de la sociedad rusa frente a la invasión napoleónica mientras Ruslán, el protagonista principal, en el canto final del poema, no aparece como un típico y un tanto estilizado caballero medieval sino como un ser realmente vivo y sorprendentemente parecido a muchos héroes rusos de las batallas de la Guerra Patria:

Palidecen las sombras, brillan las aguas del río,
el nuevo día nace nebuloso y frío
La estepa comienza a clarear y se despierta el cielo
cuando rasga el amanecer un horrendo grito de guerra.

Al instante, se animan ambos campamentos
para comenzar el cruel enfrentamiento.
Hay confusión en las filas de Kiev, los pechenegos
acosan...

Pero, ¿quién es aquel joven jinete en un corcel
brioso?

El sol naciente brilla en su armadura
y su luz invade toda la llanura.
Es Ruslán que cae sobre los infieles en su furia
divina
sembrando muerte con su espada y jabalina.

Por donde corre su corcel, los pechenegos se
estremecen
y cuando silba su espada, caen segadas las cabezas.
Al oír el grito de Ruslán, los eslavos acuden a su
llamada

y se lanzan con más valor a la lucha encarnizada.
Fila tras fila, los ejércitos se enfrentan,
las aguas del Dniéper corren sangrientas,
los guerreros de Kiev a los infieles destruyen,
suenan el grito de victoria, los pechenegos huyen.⁶

Al triunfar en la guerra, Rusia evitó el humillante destino de otros países europeos subyugados por Napoleón, pero, al mismo tiempo, no sintió la influencia de las reformas liberales francesas. La expulsión de Napoleón y la posterior campaña libertadora del ejército ruso en Europa causaron en la sociedad rusa una verdadera exaltación patriótica y renovaron las esperanzas de nuevas reformas democrático-liberales que, sin embargo, jamás se hicieron realidad. Los salvadores de Rusia y libertadores de Europa, héroes de numerosas batallas, los soldados rusos regresaban a su patria para volver a caer en la servidumbre, porque, contrariamente a las expectativas de la sociedad, Alejandro I aprovechó la victoria en la guerra para fortalecer aún más su poder personal, considerando el absolutismo como la única forma aceptable de gobierno para Rusia y la clave de la consolidación nacional.

Otro motivo para el descontento popular era la ruina económica causada por la guerra y la falta de medidas eficientes por parte del gobierno para restablecer la normalidad. “Que Dios ayude a los campesinos, a nuestro pueblo fiel” —dice el “Manifiesto de 1814”, dedicado a la victoria sobre Napoleón—.

Durante la última década de su reinado (1815-1825), Alejandro I abandonó definitivamente las ideas liberales de su juventud, tratando de retornar a la imagen tradicional de Rusia como “bastión de la fe cristiana”, oponiéndola a las ideas de la Revolución Francesa y a la figura de Napoleón, dotada de rasgos de anticristo. La vida personal del zar —crecientes discordias con su esposa Isabel y la muerte prematura de sus dos hijas— también contribuyó al decaimiento espiritual del soberano, a su creciente aislamiento de la sociedad y a su ensimismamiento casi total en el misticismo religioso.

Como resultado, se produjo una ruptura definitiva entre el Estado y la sociedad rusa. Los partidarios de la democracia y la modernización, en su mayoría jóvenes intelectuales y oficiales del ejército, perdieron todas sus esperanzas de transformar la sociedad dentro de los marcos legítimos, y trataron de acabar con el absolutismo y la servidumbre por medio de la lucha abierta, dando inicio al surgimiento de una amplia red de sociedades secretas y al decembrismo, el primer movimiento revolucionario ruso.

Aunque Pushkin no participó de forma activa en el trabajo de aquellas sociedades, muchas de sus obras de aquel período se convirtieron en auténticos portavoces de los intelectuales más radicales de la época. Sus célebres poemas “Oda a la libertad”, cuyo objetivo principal consistía en “eliminar el vicio arraigado en el trono”, y “La aldea”, con su airosa protesta contra la servidumbre, fueron considerados por las autoridades como “francamente sediciosos”; el poeta estuvo a punto de ser desterrado a Siberia por orden personal de Alejandro I, pero en el último momento, gracias a la intervención de aquellos admiradores de la poesía de Pushkin



АЛЕКСАНДРУ СЕРГЪЕВИЧУ
ПУШКИНУ.

que ocupaban cargos importantes en la corte, la cruel sentencia fue sustituida por otra más suave que prescribía al poeta marcharse a las alejadas provincias al sur del Imperio ruso, donde el clima y las condiciones de vida para un exiliado no eran tan severos.

Durante aquel período de su vida (1820 -1824), llamado por los biógrafos de Pushkin “exilio del sur”, el poeta visitó Ucrania, Moldavia, Crimea y Cáucaso. Los paisajes, los pueblos y las costumbres exóticas de aquellas tierras impresionaron al poeta, inspirándolo a escribir toda una serie de brillantes poemas románticos en los que, a pesar de su aparente exotismo, se percibe la compasión no disimulada hacia los georgianos, los circasianos, los gitanos y otros pueblos oprimidos por el Imperio, y también una crítica aguda a las autoridades provincianas, hecho que le costó un nuevo destierro y la reclusión en Mijáilovskoye, su finca familiar en la provincia de Pskov.

Viviendo en esta alejada hacienda bajo arresto domiciliario, Pushkin escribió *Boris Godunov*, el drama histórico inspirado en las tragedias de Shakespeare y en la *Historia del Estado ruso* de N. Karamzín, donde bajo la figura del famoso personaje de la historia rusa de finales del siglo XVI y comienzos del XVII se oculta el mismo Alejandro I. Ambos llegan al poder mediante un crimen: Alejandro I como cómplice de los conspiradores que matan a su padre y Boris, según algunos testimonios de su época, como inspirador principal del asesinato del pequeño príncipe Dimitri, el último hijo de Iván el Terrible y el último representante legítimo de la dinastía de los Riúrikov. Tanto Alejandro I como Boris poseen cualidades necesarias para gobernar, inician sus respectivos reinados con reformas progresistas, tratan de fortalecer el Estado y contribuyen al desarrollo de la educación, pero sus ambiciosos proyectos fracasan ante la incompreensión y el rechazo

por parte del pueblo, que no quiere aceptar en el trono a un “rey Herodes”, asesino de un miembro de su propia familia. Como resultado, Boris Godunov pasa el último año de su reinado prácticamente encerrado en sus aposentos, sin otra compañía que numerosos hechiceros

... Pushkin parece llegar a la conclusión de que cualquier intento de lucha armada aplicado a la realidad rusa sería tan infructuoso como la reciente revuelta decembrista, por lo que la única forma de acabar con el absolutismo y la servidumbre consistiría en una gradual ilustración y humanización de la sociedad.

y adivinos en cuya magia el desdichado monarca pretende encontrar la paz para su alma atormentada; la analogía con el misticismo de Alejandro I resulta evidente.

No me alegra el poder,
su peso para mí es terrible.
En vano los mejores hechiceros
me profetizan una larga vida
y un reinado próspero.
¡No, no les creo!
Presiento una gran desdicha
y oigo el trueno celestial,
aquella advertencia de Dios
para mi alma pecadora.
Sé que jamás seré feliz.
Traté de encontrar el amor del pueblo
pero la plebe odia a los zares vivos
y ama sólo a los muertos.
Le di trabajo, pan y oro
pero el pueblo me maldice...⁷

La derrota de la revuelta decembrista que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1825, poco después de la repentina muerte de Alejandro I, y su cruel aplastamiento por el nuevo zar Nicolás I afectaron profundamente a Pushkin

al igual que a la mayoría de los intelectuales rusos. Por suerte, el poeta se encontraba lejos de San Petersburgo, aquel epicentro de los acontecimientos, hecho que le permitió evitar un posible arresto y destruir a tiempo todos los escritos que pudieran comprometerlo, ante todo, su correspondencia personal con aquellos conspiradores que eran sus amigos cercanos. Recibió “con impotencia, rabia y desesperación” la noticia sobre la condena de los decembristas, cinco de los cuales fueron ejecutados y el resto exiliados a Siberia o a los regimientos fronterizos en el Cáucaso, y dedicó a sus heroicos amigos uno de sus poemas más famosos, titulado “Mensaje a Siberia”:

En la oscuridad de las minas siberianas,
aguanten su cruel destino.
Que sea firme su espíritu, hermanos,
la libertad prosigue su camino...

Con la entronización de Nicolás I, Rusia entró en una nueva etapa de su historia, los treinta largos años (1825-1855) del reinado de un monarca apodado “el zar gendarme”, apogeo del absolutismo, la servidumbre y la reacción, pues, tal como había declarado el mismo soberano en uno de sus discursos, “la revolución está en las mismas puertas de Rusia, pero juro que jamás penetrará en mi país mientras yo esté vivo”.⁸ Con Nicolás I en el trono, en la sociedad rusa se mueren definitivamente las últimas esperanzas de reformas liberales. En medio de aquel abatimiento general, Pushkin, ansioso por salir de su exilio, tomó la difícil decisión de mandar una petición al nuevo zar. A su vez, Nicolás I, en su deseo de obtener el apoyo de la nobleza intelectual y suavizar la rígida imagen del “zar gendarme” de los primeros meses de su reinado, le concedió a Pushkin el anhelado permiso de residir en Moscú o en San Petersburgo, pero con la condición de que desde ese momento en adelante el mismo soberano sería el censor personal del poeta.

Aparentemente reconciliado con las autoridades, Pushkin parece llegar a la conclusión de que cualquier intento de lucha armada aplicado a la realidad rusa sería tan infructuoso

como la reciente revuelta decembrista, por lo que la única forma de acabar con el absolutismo y la servidumbre consistiría en una gradual ilustración y humanización de la sociedad. Por lo tanto, en aquel período crece el interés de Pushkin hacia la figura de Pedro I el Grande y su época impregnada por el espíritu de sus grandes reformas, destinadas a arrancar a Rusia de su milenarismo aislamiento y atraso. En las páginas de *El negro de Pedro el Grande* (1827), novela histórica inconclusa sobre la vida del bisabuelo de Pushkin, el esclavo etíope Abram Gannibal, Pedro I aparece como un gran estadista, reformador, ilustrador y, más que todo, incansable trabajador “en bien de su país y su pueblo”. “Poltava” (1829), poema heroico basado en un episodio de la guerra ruso-sueca de 1708-1709, glorifica a Pedro I como brillante estratega, valiente guerrero y gran patriota que con su ejemplo personal incita al pueblo ruso a levantarse contra los invasores. Y en “El caballero de Bronce” (1833), la última gran obra poética de Pushkin, Pedro I, más que un hombre, más que un personaje real, es un auténtico símbolo de aquella Rusia fundada por él mismo y enfrentada al grandioso desastre de la inundación que asoló San Petersburgo en 1824. En todas estas obras Pushkin no sólo engrandece la figura de Pedro I sino también la opone, de una manera bastante sutil e indirecta, a la fanfarronería y mediocridad de Nicolás I, sobre todo, en “El caballero de Bronce”, poema prohibido por la censura, cuyo leitmotiv es la idea de que el absolutismo ilustrado, aquel modelo progresista e innovador para Rusia en los tiempos de Pedro I, se convierte en una fuerza reaccionaria en las épocas posteriores.

Pero incluso en medio de aquel oscurantismo del reinado de Nicolás I brillaban nuevas chispas de protesta, como confirmando la famosa estrofa del poema escrito en el exilio por el decembrista Alexander Odóyevski (1802 -1839):

Nuestro sacrificio no será en vano,
de la chispa brotará la llama...

En 1831 todo el noroeste de Rusia fue conmovido por la rebelión en la región de Nóvgorod y

Stáraya Rusa, donde se sublevaron numerosos colonos militares, aquella gente formalmente libre de la servidumbre pero sometida a una cruel disciplina de palo.⁹ En respuesta a aquella nueva manifestación de la ira popular, Pushkin comenzó su trabajo sobre la guerra campesina de Emelian Pugachev, cosaco rebelde de los tiempos de Catalina II la Grande que se hacía pasar por Pedro III, difunto esposo de la emperatriz y legítimo soberano de Rusia. Los archivos oficiales del caso de Pugachev estaban guardados en San Petersburgo como secreto de Estado, pero Pushkin, gracias a su amistad con varios funcionarios importantes, logró acceder a estos documentos y luego, en la primavera de 1833, obtuvo el permiso personal de Nicolás I para visitar las provincias de Kazán y Oremburgo al sureste de Rusia, aquellas infinitas estepas entre el Bajo Volga y los montes Urales, con el fin de observar con sus propios ojos el escenario de los hechos.

El resultado de aquel intenso trabajo investigativo fueron la *Historia de la revuelta de Pugachev*, publicada en 1833, y luego *La hija del capitán* (1836), sin duda alguna la mejor novela histórica de Pushkin, escrita en forma de diario personal de Piotr Grinev, un joven oficial de una guarnición fronteriza y participante involuntario de la revuelta. La grandiosa trama histórica con elementos de novela de amor, marcada por la influencia del romanticismo de Walter Scott y al mismo tiempo escrita en el ameno y pintoresco lenguaje popular que caracteriza a los soldados, cosacos y otros personajes del pueblo, tuvo un éxito inmediato entre un amplio círculo de lectores, pero obstaculizó aún más las relaciones de Pushkin con Nicolás I, de por sí difíciles, ya que algunos capítulos, donde el autor no oculta su simpatía hacia los rebeldes, fueron retirados de la primera edición del libro por la censura.

A modo de conclusión, podemos decir que cualquier acontecimiento o personaje importante de la época de Pushkin quedó plasmado de una u otra manera en los escritos del más grande de los clásicos de la literatura rusa, a quien, según afirma el célebre escritor ruso

del siglo XIX Iván Turgueniev, “le tocó la doble tarea, separada en otros países al menos por un siglo, de establecer el lenguaje literario y crear la misma literatura”.¹⁰ ■

Anastassia Espinel Souares (Rusia)

Egresada de la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Rusia. Ph.D. en ciencias históricas. Desde 1998 reside en Bucaramanga donde se desempeña como docente de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y de la Universidad de Santander (UDES). Ha publicado varios artículos sobre temas históricos en diferentes revistas internacionales. Autora de los libros: *Sol de Libia* (2002), *Masimisa león del Atlas* (2003), *El hombre de las flores* (2005), *Catalina II, la gran leyenda de Rusia* (2005), *Auca sin nombre* (segunda edición, 2006), *Cuentos de los vencidos* (2007), *Héroes y leyendas de la Antigua Rusia* (2008), *El Mundo Antiguo: misterios, enigmas, hipótesis* (2009).

Notas

¹ Kliuchevski, Vasili Osipovich (1997). *Conferencias sobre la historia rusa dictadas en los Cursos Superiores Femeninos en 1872-1875*. Moscú: Progreso, p. 499 (en ruso).

² *Ibid.*, p. 501.

³ Barclay de Tolly, Mijaíl Bogdánovich (1761-1818). Militar ruso, mariscal de campo durante la invasión napoleónica. Se le atribuye la creación de la táctica de la *política de tierra quemada*, consistente en atraer a los franceses al corazón de Rusia para hacerlos morir de frío, hambre y enfermedades.

⁴ Pushkin, Alexander Sergueievich (2010). *Obra completa*. Tomo I. Moscú: Astrel, p. 85 (en ruso).

⁵ *Ibid.*, p. 140.

⁶ *Ibid.*, p. 145.

⁷ Pushkin, Alexander Sergueievich (2004). *Boris Godunov*. Moscú: ACT, p. 21 (en ruso).

⁸ Zuev, Mijaíl Nikoláevich (2001). *El régimen absolutista de Nicolás I (1825-1855)*. Moscú: Vysshaya Shkola, p. 14 (en ruso).

⁹ La práctica de las “colonias militares” fue impuesta por el jefe del Departamento Militar Alexei Arakchéev (1769-1834) con el fin de reorganizar el mantenimiento y el reclutamiento del ejército. Por su iniciativa personal, fue creada una amplia red de poblaciones donde los campesinos, transferidos a la categoría de “colonos militares”, tenían que prestar el servicio militar y, al mismo tiempo, cumplir con las labores del campo. La vida cotidiana de los colonos militares estaba estrictamente reglamentada: se les prohibían todos los oficios (comercio, artesanías, etc.) a excepción de los trabajos agrícolas y los ejercicios militares e incluso cualquier contacto con el mundo exterior.

¹⁰ Turgueniev, Iván Sergueievich (2010). *Obra completa*. Tomo II. Moscú: Astrel, p. 112.